

DIOS MIO, ¡POR QUÉ ME HAS ABANDONADO!

Nuestras vidas se forman en un continuo dinamismo de hechos y acontecimientos positivos y negativos, sazonados con los avatares - como dice Ortega y Gasset cuando se refiere al "hombre y su circunstancia" - que van poco a poco cincelandos nuestra personalidad, nuestro presente y nuestro futuro.

Las experiencias del pasado son la carga que nos ayuda a mejorar nuestro discernimiento.

En ese transcurrir de acontecimientos, el destino nos coloca a veces ante encrucijadas que nos obligan a tomar decisiones que desbordan nuestra experiencia. Otras veces aparecen hechos de suma gravedad que ponen en juego nuestra existencia misma.

Es en esos momentos extremos cuando sentimos la presencia de algo superior que nos impulsa, nos rige y nos protege: la existencia de Dios.

En los largos años vividos tuve experiencias de alto riesgo que me permiten dar fe de esa presencia.

En mi primera infancia, cuando aún no existía la penicilina, una grave neumonía me puso al borde de la muerte. "Está en las manos de Dios", cuenta mi madre que le dijeron los médicos. Y milagrosamente logré sobreponerme a una enfermedad a la que por aquel entonces sólo muy pocos sobrevivían.

En mis años de cadete, en un regreso nocturno de una comisión de servicio, el micrómnibus que nos transportaba de la capital a Rio Santiago colisionó con un camión que se cruzó en la ruta, a más de cien kilómetros por hora. El impacto fue brutal, nuestro ómnibus dio tres vueltas y uno de mis compañeros salió despedido por el parabrisas contra el camión. Poco antes de que se produjera el infortunado accidente, era yo quien estaba sentado en el asiento de mi compañero fallecido. Vencido por el sueño, había decidido pasarme al asiento de atrás para apoyar mis brazos y mi cabeza en el asiento de adelante.

Mientras dormitaba, sentí una explosión que me precipitó hacia el asiento de adelante (lo que me produjo desprendimiento de los cartílagos del esternón) y me hizo entrar en una especie de torbellino. Todo giraba a mi alrededor en medio de una densa oscuridad. Los segundos parecían eternos, el silencio era total. De pronto, avizoré una luz que señalaba la salida del vehículo, transformado ya en un amasijo de hierros retorcidos. Aún hoy me estremezco al pensar que de no haber cambiado mi asiento, no sería yo quien cuente hoy la historia. Aún recuerdo haber sentido su presencia al ver la luz que me sacó de aquel infierno.

En otra oportunidad, durante mi viaje de instrucción, me encontraba cumpliendo mi guardia de ayudante de puente en la zona denominada de los 40 bramadores. Era la medianoche, el puente estaba iluminado con la mortecina luz roja de rigor. "Cadete, estamos en medio de un pesto

severo”, me indicó el oficial de guardia, “manténgase atento a la proa con el timonel y verifique permanentemente los partes meteorológicos”. El escenario era dantesco: inmensas olas encrespadas producían formas fantasmales de espuma y agua, iluminadas aquí y allá como fotos instantáneas en un océano encabritado. El rumbo establecido buscaba capear el temporal, pero la proa se sumergía en la ola, cubría el crucero hasta la segunda torre de artillería y emergía produciendo un cabeceo espectacular. Los relámpagos iluminaban la oscuridad de alta mar como lúgubres instantáneas de un escenario estremecedor.

Estábamos en medio de un ciclón subtropical, una situación de alto riesgo, pero una extraña sensación de serenidad me acompañaba en medio de esa ansiosa vigilia. Sentía un cálido abrazo que me daba confianza en que todo sería controlado. Sentí en ese momento que Dios nos protegía.

Las contingencias de la vida militar, rica en experiencias y riesgos de todo tipo, me llevaron a profundizar, Dios mío, acerca de tu existencia. Leí a Nietzsche, Camus, Becket, para quienes Dios había muerto, o peor, nos había abandonado.

Mi vocación de servir a la Patria me llevó a ingresar a la Escuela Naval Militar, con la esperanza de que dicha institución me permitiría cumplir mis jóvenes anhelos. Salíamos de la dictadura de Perón de los años 40 y 50 con una población dividida, fruto de años de autoritarismo y alevosas propagandas fascistas.

Lejos estaba de imaginar entonces el futuro de discordancias políticas y sociales que marcarían los años por venir, los enfrentamientos, las puebladas, la influencia de las ideologías marxistas, el papel activo de las Fuerzas Armadas y la lenta e inexorable decadencia en la que poco a poco se sumirían nuestro país.

En mis largos años de servicio a la Patria, recordaré como especialmente significativas las experiencias que viví cuando fui destinado a la Casa Militar de la presidencia de la Nación, durante los años 1974 y 1975, oportunidad en que pude observar de cerca las bondades y miserias del poder.

A pesar de ser antiperonista y dejando de lado mis convicciones personales, me esmere en cumplir mis funciones de apoyo al presidente de la Nación en el área de comunicaciones con eficiencia y lealtad, tal como lo dicta nuestro código de ética.

El país era un caos. Las bandas armadas terroristas dominaban las calles, el terror se expandía en todo el territorio nacional. Recibíamos dramáticos informes del interior del país: en Tucumán estos grupos tomaban pueblos, izaban banderas ajenas a la nuestra, instauraban cárceles del pueblo y asesinaban a los campesinos que no se plegaban a las directivas terroristas.

Las bombas en las empresas, las explosiones en colegios, los ataques a los cuarteles, el robo de armas, el asesinato de policías y militares eran moneda corriente (la muerte de agentes de

seguridad era motivo de ascenso dentro del aparato terrorista). El temor a las incursiones terroristas obligó a fortificar las entradas de las comisarías y a canjear el alambrado con seto vivo que rodeaba el perímetro de la residencia presidencial por un muro con cabinas blindadas.

Los terroristas se organizaban en células, mimetizados dentro de los grandes centros urbanos. Se sospechaba de todo el mundo: el vecino podía pertenecer a una célula, o haber formado una cárcel del pueblo. Las células asesinaban sindicalistas, secuestraban a empresarios y altos directivos de empresas para obtener rescates.

El general Perón, deteriorado por sus problemas de salud, advertía ya con desazón “estos terroristas van a destruir el país, han iniciado una guerra revolucionaria”. Los funcionarios que merodeaban la casa Rosada, nos decían con ojos desesperados “¡hagan algo!”. El pueblo pedía la intervención de las FFAA.

Ante el desborde de las fuerzas de seguridad en la selva tucumana, sobrepasadas por un tipo de combate para el que no estaban preparadas, se ordenó por decreto la intervención militar en la lucha antiterrorista.

Siguió el golpe de marzo de 1976. En la ruleta de distribución de cargos, algunos fueron convocados a acciones de combate, otros integraron ministerios e instituciones nacionales, otros se mantuvieron dentro de la institución militar.

En mi caso, fui destinado al Ministerio de Relaciones Exteriores, para ocupar un cargo diplomático para el que ahora reconozco no haber estado preparado pero que desempeñé de la mejor manera posible.

Todos sabemos lo que fueron aquellos años de guerra fratricida. Hoy, los terroristas de antaño manejan los destinos de nuestra patria y han urdido su venganza: más de 2000 militares, soldados que obedecieron las órdenes que les fueran impartidas, se encuentran actualmente en cárceles o detenidos, en su gran mayoría sin pruebas, sin condenas, o con pruebas inventadas.

Dios mío, hace ya ochos años y medio que me han privado de mi libertad, acusado de los más horribles crímenes, sin pruebas ni fundamento. Se han ignorado las pruebas fehacientes que he presentado en mi defensa y con saña miserable y vengativa, se me ha negado la libertad y la excarcelación que me corresponde tras largos años sin condena.

Hoy, como Beckett, en su libro "fin de partida", siento que me has abandonado. El silencio de tu vicario en este mundo ha apagado el vestigio de esperanza que al menos me hubieran procurado unas palabras de aliento o al menos una bendición, para apaciguar mi espíritu

Dios mío, cuánto tiempo ha pasado. Mi condena es ya una condena a muerte, la muerte lenta e imperceptible que se desliza en cada uno de estos días que se suceden, inexorables, sin prisa pero también sin pausa.

Mi vida se va extinguiendo y el hilo de la esperanza se hace cada vez más delgado, lejos de mis hijos que han emigrado por sentirse discriminados.

Dios mío, por favor no me abandones. La monotonía de mis días no tiene fin y mis magras esperanzas se cifran en que ilumines a los jueces para que hagan justicia verdadera y pongan un término al calvario que estamos atravesando.

Muchos de mis camaradas ya han encontrado la muerte en las cárceles.

Cuando le escribí a tu vicario en este mundo implorando su intervención humanitaria, le advertí que 236 camaradas -muchos de ellos con más de 80 años- ya habían fallecido lejos de sus seres queridos, sin sentencia y sin haber podido probar su inocencia.

Seis meses después, 60 nuevas muertes vienen a engrosar el saldo de esta aberración jurídica y esta venganza. Hasta la inquisición respetaba a los ancianos.

Dios mío, que nos has abandonado a nuestra suerte, quiero que sepas que mi muerte será incompleta. Me fueron cercenados los mejores anhelos de mi vejez, el calor de mis hijos y nietos lejanos. Cargo con el padecimiento de delitos que no he cometido. A los jueces digo: sepan que condenan a muerte a un inocente. "CADA INOCENTE QUE MUERA ENCARCELADO SIN CONDENA POR ESTAS CAUSAS AMAÑADAS SERÁ UN IGNOMINIA QUE CARGARÁ EN SUS ESPALDAS LA HISTORIA DE LA JUSTICIA ARGENTINA".

DIOS MIO a estas alturas de las circunstancias tengo una duda y una seguridad, la duda es que a pesar de tu abandono, no sé si en adelante voy a orar por ti pero, si tengo la certeza que **tu no rezas por mi**

EUGENIO B. VILARDO

Capitan de Navio (RE) VGM

Preso Politiko